

DOSSIER

“40 AÑOS DESPUÉS: MEMORIAS DEL GOLPE ”

Introducción: La conmemoración como búsqueda de sentido

ARTÍCULOS

Isabel Piper Shafir

Contrarrevolución fascista y democracia neoliberal. El golpe y la transición en Chile desde una perspectiva polanyiana.

Paula Valderrama

Sobre las posibilidades de una reconstrucción crítica de la oposición discursiva dictadura-democracia en Chile

Iván Torres Apablaza
Claudio Figueroa Grenett

El Tercer Gobierno Peronista y la Unidad Popular frente al incremento interno de las fuerzas e ideas autoritarias

Nicolás Molina Vera
Omar Sagredo Mazuela

Memoria, imaginación, archivo. Una aproximación a las metáforas de la memoria

Lior Zylberman

Memorias del golpe: La función de la memoria y la posición simbólica

Jaime Coloma Andrews

ENTREVISTA

Ely Orrego Torres
Gonzalo Zúñiga

El desafío de la memoria en la historia de Chile y América Latina: Entrevista a Steve J. Stern

RESEÑAS

Matías Wolff Cecchi

Eden Medina. Revolucionarios cibernéticos. Tecnología y política en el Chile de Salvador Allende. Santiago: LOM Ediciones. 2013.

Nicolás López Pérez

Tzvetan Todorov. Los enemigos íntimos de la democracia. Barcelona: Galaxia Gutenberg. 2012.

ARTÍCULOS LIBRES

Laura Quintana

Institución y acción política: Una aproximación desde Jacques Rancière

ENTREVISTA

Valeria Campos

Violencia, verdad y justicia: Entrevista con Gianni Vattimo.

EL DESAFÍO DE LA MEMORIA EN LA HISTORIA DE CHILE Y AMÉRICA LATINA: ENTREVISTA A STEVE J. STERN*

ELY ORREGO TORRES**

CENTRO DE ANÁLISIS E INVESTIGACIÓN POLÍTICA / UNIVERSIDAD DIEGO
PORTALES

GONZALO ZÚÑIGA***

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

R E S U M E N

En la presente entrevista se discute la noción de memoria en relación con la historia reciente de América Latina, con énfasis principal en el caso chileno. En la primera parte, se hace un recorrido por la trayectoria académica del profesor Steve J. Stern y su vínculo con la historia latinoamericana. En la segunda, se trabaja el concepto de memoria y se analizan sus implicancias para el estudio de la política chilena y, en la tercera, se proponen desafíos para el contexto actual y se analiza el modo en que la memoria cumple un rol necesario para comprender nuestro pasado reciente.

PALABRAS CLAVE: memoria, América Latina, historia política, derechos humanos, Chile.

* Agradecemos profundamente la disposición del profesor a realizar esta entrevista, así como al Museo de la Memoria y Derechos Humanos que nos contactó con él en septiembre de 2011. Steve J. Stern es profesor en la University of Wisconsin-Madison, Estados Unidos y miembro del Comité Asesor Internacional de *Revista Pléyade*. Reconocido por sus trabajos sobre memoria en América Latina, ha trabajado el caso de la dictadura en Chile cercanamente, siendo reconocido como uno de sus exponentes principales a nivel mundial. Entre sus últimas publicaciones, se destacan *Recordando el Chile de Pinochet en vísperas de Londres* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2009); *Reckoning with Pinochet: The Memory Question in Democratic Chile, 1989-2006* (Duke: Duke University Press, 2010); *Battling for Hearts and Minds: Memory Struggles in Pinochet's Chile, 1973-1988* (Duke: Duke University Press, 2006), y *Remembering Pinochet's Chile: On the Eve of London 1998* (Duke University Press, 2004). E-Mail: sjstern@wisc.edu

** Politóloga de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Investigadora titular del Centro de Análisis e Investigación Política (CAIP). Estudiante del Magíster en Pensamiento Contemporáneo de la Universidad Diego Portales (Chile) e investigadora adjunta del Instituto de Humanidades de la misma institución. Entre sus temas de estudio se encuentran la teología política, biopolítica, derechos humanos y el estudio de la violencia a través de la historia política y social. E-Mail: orrego@caip.cl

*** Politólogo de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Coordinador del proyecto Ciudadano Integral: Derechos Humanos para las Nuevas Generaciones. Entre sus temas de interés están los derechos humanos, memoria, migraciones internacionales y desplazamientos de población. E-Mail: gonzalo.zunigaf@gmail.com

THE CHALLENGE OF MEMORY IN THE HISTORY OF CHILE AND LATIN AMERICA: AN INTERVIEW WITH STEVE J. STERN

In this interview it discusses the notion of memory related with the recent history of Latin America, with focus on the Chilean case. In the first part, it is a journey through the academic career of Professor Steve J. Stern and his relationship with Latin American history. In the second, it discusses the concept of memory and their implications for the study of Chilean politics, and in the third part, it proposes challenges to the current social context and it analyses how memory plays a necessary role to understanding our recent past.

KEY WORDS: Memory, Latin America, political history, human rights, Chile.

Esta entrevista se llevó a cabo el día 13 de enero de 2012, durante una visita del profesor Steve J. Stern a Chile en el contexto de un seminario organizado por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. En la ocasión, el académico nos recibió en el lugar donde se hospedaba y en una hora de conversación, dejó de manifiesto por qué es considerado uno de los autores más destacados en el ámbito académico dedicado al estudio de la memoria y los derechos humanos. La conversación fue amena y distendida, y el profesor demostró su empatía y conocimiento sobre el caso chileno, así como su cercanía con la historia reciente del país. Debido a que la entrevista fue realizada a principios del año 2012, algunas de las temáticas tratadas aluden al contexto histórico que Chile atravesaba en ese momento, aunque mantienen continuidad con lo que hoy se vuelve a discutir en materia de memoria y derechos humanos. Pero como dice el profesor Stern, la historia está colmada de cambios y continuidades.

I. HISTORIA Y AMÉRICA LATINA

Gonzalo Zúñiga (G.Z): Uno de sus principales temas de investigación es América Latina. ¿Cómo nace su interés por la historia social y política de esta parte del continente?

Steve Stern (S.S): Creo que la historia personal influye en estas cosas. Cuando yo tenía quince o dieciséis años, tenía mucho interés en temas sociales, pero mi pasión era la matemática teórica. Iba camino a ser un matemático y había avanzado bastante. Fui enviado a un taller de verano donde cuarenta personas de todo Estados Unidos fuimos seleccionadas para trabajar en matemática teórica. Así que ese era mi camino. Pero esto fue en el 68 –el año en que las movilizaciones en contra de la guerra de

Vietnam eran importantes, también el año en que fueron asesinados dos de mis héroes, Martin Luther King Jr., y Robert Kennedy-, cuando el tema social era muy fuerte. Entonces, al entrar a la universidad decidí que optaría más bien por el análisis social. La historia me atraía. El clima social y la sensibilidad frente a ese clima me desvió de la matemática hacia el análisis histórico social.

En segundo lugar, yo pertenezco a la primera generación de mi familia que nació en Estados Unidos, es decir, mis padres eran refugiados del holocausto; sobrevivientes. Por lo tanto, nací en una comunidad muy chica, minoría de una minoría, se podría decir. Así que crecí de cierta manera agradecido de Estados Unidos por liberar a mi familia, a mi mamá de Buchenwald, pero también sintiéndome parte de un mundo mayor, porque había algunos pocos familiares que no habían muerto. Los sobrevivientes estaban en distintas partes, incluyendo Hungría. Entonces yo siempre sentía que mi lugar no era solo Estados Unidos, sino que yo era de una comunidad distinta, muy minoritaria en Estados Unidos. Creo que esto me abrió a la posibilidad de ver otras experiencias y no sencillamente quedarme en temáticas de Estados Unidos. Entonces, cuando fui a la universidad y después a los estudios de postgrado, pensaba todavía que iba más bien a estudiar historia de Estados Unidos y a concentrarme en América Latina como campo secundario, pero la historia latinoamericana me conquistó. Despertó un interés en mí porque los temas del día en América Latina tenían que ver con la justicia social, con la necesidad de grandes cambios, de gente humilde buscando una dignidad y un tipo de visión distinta de cómo pueden ser las cosas. Eso ejercía una gran atracción en mí, así que me dediqué a eso.

Ely Orrego (E.O): La historia reciente de América Latina ha tenido características comunes que la han llevado a tomar procesos políticos y sociales que han ido en una historia en paralelo, como por ejemplo fueron las dictaduras y su posterior proceso de transición a la democracia. ¿Cómo interpreta este proceso? ¿Como una consecuencia propia de la identidad de América Latina o como una consecuencia inevitable de acontecimientos sociales y políticos, ya sean endógenos o exógenos?

S.S: Pienso que ese es un tema fascinante y muy importante, porque sí hay ciertos paralelismos. Creo que los hechos que conforman la historia hacen que la historia sea de probabilidades, no de inevitabilidades. Por lo tanto, estamos hablando de grandes probabilidades en vez de cosas que son inevitables. Cómo analizar lo que pasó, por ejemplo, en países que enfrentaron dictaduras muy violentas y sus llamadas guerras sucias, a veces mitos de guerra, a veces guerras civiles reales, como en Perú o en

Centroamérica, pero mitos más bien en casos como Chile y Argentina, creo que son procesos que se pueden abordar en tres dimensiones.

La primera es la dimensión de los factores nacionales internos específicos. Y eso se ve, por ejemplo, cuando se piensa en cronologías bastante distintas, aunque sean parte del mismo cuarto de siglo. En Argentina surge una dictadura militar que hace barbaridades, pero cae más rápidamente. Aparece después de la chilena, pero cae más pronto, a través de la guerra que profundiza su crisis, la Guerra de las Malvinas. Por lo tanto, la deslegitimación de la dictadura militar se produce rápidamente, así como su transición, principalmente, por el trauma que generó esa guerra. Mientras que en Chile se empieza a desmoronar la legitimidad de la Junta Militar y su proceso a mediados de los 80, cuando Argentina ya estaba en transición. De todas maneras, el proceso fue más lento, más dividido, con más zigzaguo para llegar al plebiscito y tener que enfrentar una transición bajo circunstancias muy adversas, porque una transición es definida también por la capacidad de imponer una constitución, con algunas revisiones, y con un Pinochet como comandante del Ejército que un presidente civil no podía hacer renunciar. Así que son cosas muy específicas. Si pensamos en Perú, ahí se da una guerra civil de verdad y no un mito de guerra. Y esa guerra civil, curiosamente, pasa durante una democracia, por lo menos en términos formales, porque había una transición de un gobierno militar a una democracia y esa guerra no empieza a llegar a su fin hasta los 90. En ese caso sí hay dictadura, porque Fujimori había cerrado el Congreso. Aunque fue elegido en 1990, llega a ser un dictador.

Así que, mirado desde esas perspectivas comparadas y pensando en otros lugares como Brasil o Centroamérica, en que las transiciones no llegan hasta los 90, se podría decir que es evidente que hay dinámicas internas, nacionales y regionales que hay que entender para comprender las transiciones democráticas. Es decir, la transición no viene de forma externa. Hay un proceso interior, una lucha interior.

La segunda dimensión, diría que es el nivel sur a sur. Me refiero a que las experiencias de los países no están aisladas ni de lazos sociales ni de las experiencias de otros países de la región. Entonces, es posible pensar que, por ejemplo, al comparar Argentina y Chile nuevamente, vemos que en la transición de Chile estaban muy impresionados por lo audaz de la transición inicial en Argentina con el juicio a los militares, que no funcionó hacia finales de los 80, porque había respuesta militar. Hubo una gran crisis del gobierno de transición, que finalmente terminó fracasando, en parte por motivos económicos, y se dieron pasos dramáticos atrás, llegando a la época de punto final e impunidad en Argentina. Lo que sucede es que además de las relaciones y los lazos sociales directos, en Chile se estaba mirando lo que pasaba en Argentina, desde todos los sectores. Por un lado, quienes participaban en la transición desde la centro-izquierda decían: "Ojo, es

mejor un proceso más cauteloso, más acumulativo, porque no tenemos la ventaja de que derrotaron a los militares en una guerra como en las Malvinas y hemos visto que si se hace un paso demasiado audaz, tratando de someterlos a juicio, eso va a crear una reacción que puede tumbar todo”.

Por lo tanto, existe ese proceso de un lado mirando a otro y tratando de sacar una reflexión. Pensando desde la sociedad civil, llevando más años en la transición, también se puede ver ese proceso sur a sur en las reflexiones. Por ejemplo, llaman la atención las funas en Chile y los escraches en Argentina, donde existía un intercambio, lo cual no quiere decir que las funas fueran un complot o una importación de Argentina, porque fue en parte una reflexión sobre la experiencia interna en Chile y, por otra parte, una conciencia de que se puede pensar en otros tipos de acciones desde otra postura generacional. Por lo tanto, creo que una segunda vertiente es ese diálogo y reflexión sur a sur y esto, en parte, es lo que empieza a explicar procesos paralelos, pero sin perder la dinámica interna, como en el caso de las funas y los escraches.

Por supuesto, también hay un proceso norte a sur, que es la tercera dimensión del análisis. Por ejemplo, el mundo pasa por un cambio y el auge de políticas distintas desde países poderosos del norte, desde las Naciones Unidas, desde el gran surgimiento de ONG en el mundo, organizadas en torno a la cuestión de los derechos humanos, donde se empieza poco a poco a crear una cultura internacional distinta frente al tema de derechos humanos, la cual hace un poco menos tolerable la idea de que está bien que en el sur existan dictaduras violentas, porque esa gente no sabe hacer otra cosa.

Pero yo matizaría la dinámica norte a sur de la siguiente manera, porque eso es demasiado simplista: el sur está presente en el norte. Y eso es muy importante. Es decir, hay dinámicas transnacionales en las que sujetos del sur están presentes en el norte, creando distintos tipos de movimientos. Están en las ONG, en la toma de conciencia, etc. Entonces, por ejemplo, Chile fue un símbolo icónico en el norte. Muchas de las personas que en el norte tomaron conciencia de los derechos humanos en los 70 tenían en mente la experiencia chilena. Era gente fascinada con el experimento de alcanzar el socialismo en la democracia. El socialismo revolucionario en democracia de Allende produjo mucho impacto, así como el papel de Estados Unidos con Nixon y Kissinger, que eran ya muy controvertidos por lo de Vietnam, y también las imágenes tan impactantes de Chile, especialmente del bombardeo a La Moneda. Ciertamente, eso se combinó para convertir a Chile en un gran símbolo. Además, había muchos exiliados chilenos que se metieron en el momento para no olvidar lo que estaba pasando en su país, para denunciar.

Y poco a poco eso creó lo que se podría llamar el descubrimiento de los derechos humanos en un nuevo contexto. No en el contexto de la

EL DESAFÍO DE LA MEMORIA

declaración universal de las Naciones Unidas al inicio de la Guerra Fría –que terminó asfixiando esta declaración, tardíamente en los 40–, sino que en el contexto donde el tema de lo que está pasando en los países del sur empieza a tener peso. Por lo que si una persona mira la campaña de Carter en Estados Unidos el 76, el tema de los derechos humanos ya está presente antes de que asumiera la presidencia. Eso en parte porque Edward Kennedy, como líder influyente del Partido Demócrata, ya estaba sensibilizado frente al tema chileno y, en algún modo, porque el país, con el escándalo sobre Nixon, estaba pensando que quizás la pretensión imperial no era un asunto tan bueno. Y el ícono, el símbolo de ello es la intervención en Chile. El sur, a través de las personas, se hace presente en el norte porque había gente exiliada, de la Unidad Popular y la izquierda, y de las redes de derechos humanos, como Pepe Zalaquett que se unió a Amnistía Internacional en el norte. Muchos chilenos crearon lazos sociales y aportaron a eventos testimoniales en el norte generando mucho simbolismo.

También se puede ver eso en los 80, pensando comparativamente en América Latina, desde Centroamérica, porque desde El Salvador venían personas para hacer *lobby* en el Congreso en Estados Unidos, especialmente con los congresistas del Partido Demócrata, para denunciar la política de Reagan y para sensibilizar sobre el tema de los derechos humanos. Y llegó a ser, otra vez, muy controvertido. Y de cierta manera, la administración Reagan llegaría a sentir la presión de mostrar que efectivamente estaba a favor de los derechos humanos no solo en los países comunistas, sino también en otros países. Entonces, la administración Reagan misma empieza a sentir, hacia fines de los 80, una presión de mostrar que tenía una cierta consistencia en el tema de derechos humanos. Así que el sur está presente en el norte y creo que esa vertiente hay que interpretarla así, que es cómo yo lo veo.

Realmente son tres vertientes, y una vertiente en que la separación norte-sur es una separación bastante porosa, porque la gente del sur entra en las ONG, entra en el *lobby* político, forma lazos sociales y provee símbolos que impactan muy fuertemente. Entonces, podríamos decir que hay un cierto paralelismo durante un cuarto de siglo y, llegando al final del siglo, es imposible seguir con las dictaduras, y no solamente en América Latina, sino que en otras partes del mundo, como en Sudáfrica. Sin embargo, los procesos tienen bastantes particularidades en su *timing* específico –su cronología específica– y en las circunstancias adversas de las transiciones.

II. MEMORIA Y POLÍTICA

G.Z: En términos político-sociales, ¿cuál es el rol que cumple la memoria en la reconstrucción de una sociedad?

S.S.: Yo creo que una manera de plantearlo es preguntándose por qué el tema de la memoria empieza, a comienzos de los 90, a tener tanto impacto. ¿Por qué llama la atención, cuando no fue así en la transición de España, después de la muerte de Franco en los 70? Más bien, lo convencional en esa época era establecer un pacto de silencio y punto. Y eso fue algo en lo que participó la izquierda además de la derecha, después de la muerte de Franco. Llegando a los 90, hay que tener comisiones de verdad. No solamente para establecer lo que pasó en Argentina antes en los 80, sino que también en Chile, El Salvador, Guatemala, Sudáfrica y llegando a este siglo, Perú. Obviamente, algo cambió. Y yo creo que en el caso de la memoria política, los regímenes de terror de Estado, usaban como parte de su método de legitimación una gran negación, y se empezó a formar una lucha contra esa negación. Entonces, llegó el momento en que surgió la pugna para definir cuáles fueron los hechos que pasaron en el país y cómo interpretar el sentido de esos hechos.

En Chile eso es muy evidente. Ya en los 70 tienes una memoria salvadora que plantea el gobierno para justificar una indiferencia frente a las violaciones de derechos humanos. Una negación para decir que no importa tanto, que pasa de vez en cuando algún exceso, pero que se trata de un pequeño problema, nada sistemático y el resto son mentiras que otros inventan en el exterior. Pero frente a eso, hay memorias disidentes, alternativas, que empiezan a surgir, insistiendo en que, al contrario, hay violación masiva para destruir física y psicológicamente a las personas. No solamente las desapariciones, ya que era una época en que no se sabía si se trataba de desapariciones permanentes o no. Se sabía que eran detenciones, tipos de secuestros que quedaban en el misterio, finalmente. Una persona desaparece, pero por varios años los demás piensan que puede estar viva y persisten en su búsqueda. Además, hay ejecuciones y un proceso masivo de meter presas a las personas. En algunos países, este era el método privilegiado, como en Uruguay, pero también había una masividad en Chile. Entonces, hay memorias que surgen para decir “al contrario, hay heridas abiertas de cosas negadas”.

Pero todavía no lo llaman “memoria”. Sencillamente es una disputa sobre cuáles son los hechos y cuál es el sentido de esos hechos. Cuando empieza a surgir en Chile la idea de memoria como un valor sagrado, como una consigna, como algo que es importante, recién llega a tener peso cultural a principios de los 80. Y es porque existe un nuevo contexto para

el planteamiento alternativo sobre los derechos humanos, una especie de respuesta o replanteamiento oficial a las demandas planteadas durante años desde el Comité Pro Paz, la Vicaría de la Solidaridad, la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y los otros grupos que van creando conciencia y solidarizando con el tema de los derechos humanos. Asimismo, ese replanteamiento oficial es una respuesta frente a la crisis interior del gobierno en el 78, que además es un año muy complicado con Argentina y con Leigh. También se producen acontecimientos relacionados a los derechos humanos como el caso Letelier y después Lonquén en el 79, donde no solo está la insistencia de una memoria salvadora desde la junta militar, sino una que dice que vamos a definir lo que pasó como algo que perteneció al pasado y que ya está resuelto. Entonces, estamos hablando de la época del decreto de ley de amnistía, acompañado por un discurso de institucionalización y de una guerra de dos bandos que pertenecía al pasado; un pasado que estaba más o menos resuelto y cuyo examen no ayudaba al país.

Así, la lucha sobre qué es lo que pasó empieza a ser una lucha para parar un olvido. Empiezan a surgir las palabras “olvido” y “memoria” con más peso, para decir que no van a desaparecer de nuestra conciencia y que hay un proyecto de no olvidar.

Por lo tanto, en los 80 la palabra “memoria” empieza a ser una palabra fuerte a nivel cultural y a nivel político, que se instala en el proceso político-social, lo cual quiere decir que llegando ya a una transición, el tema memoria tiene peso y ya es una demanda social. En ese contexto, de una transición democrática, el rol que cumple la memoria en la reconstrucción es que permite crear un contraste entre democracia y dictadura, porque ahora hay una lucha y una herencia de hechos negados que se definen como un problema de derechos humanos y también de memoria. Y para demostrar que estamos en otro camino, que vamos a refundarnos sobre otro tipo de bases y principios, un nuevo gobierno tiene que enfrentar de alguna manera el tema de la memoria.

Ahora bien, no era tan obvio qué se podía hacer en el momento, como lo es hoy en día. En ese sentido, es importante pensar en las probabilidades y no en las inevitabilidades. Para explicarlo mejor: el círculo de consejeros de Aylwin estuvo dividido sobre el tema de establecer una comisión de verdad porque estaban conscientes de que Pinochet todavía tenía mucho poder y se veía una fragilidad en la transición. Pero a la vez, había una demanda social que había que responder de alguna manera. En ese sentido, no hay que personalizar demasiado tampoco, sea Aylwin, sea otro, tendría que haber buscado una manera de refundar la sociedad y establecer un contraste moral con el pasado y decir “esto es una democracia” y no una dictadura. Sin embargo, la posibilidad de hacer una comisión de verdad no era tan obvia. Aylwin tenía la percepción, y creo que en eso tenía razón, de que si el

poder judicial aún era pinochetista y no se podía avanzar mucho ahí, había que dar un paso para refundar la sociedad y crear un nuevo sentido común, más democrático, que estableciera algunos hechos innegables. Y ahí podía entrar una comisión de verdad.

Por lo tanto, yo creo que la memoria es una demanda social muy fuerte llegando al final de la dictadura y al comienzo de la transición. Es interesante notar que en los sondeos, hacia el final de la dictadura y en los inicios de la transición, uno de cada seis chilenos se autodefinió como víctima de derechos humanos. Eso era antes de empezar a reducirlo a las cifras de ejecutados políticos y detenidos desaparecidos. Pero al final de la dictadura la sensibilidad sobre derechos humanos era una sensibilidad que compartían muchas familias que consideraban que habían sufrido algún tipo de violación brutal. Era una demanda que había que responder de alguna manera, porque de no ser así iba a deslegitimar a la democracia también: el tema de la memoria llegó a ser un tema estratégico para legitimar y deslegitimar. Por ejemplo, deslegitimó mucho a la dictadura, mientras que, por el otro lado de la moneda, si la democracia quería tener algún tipo de éxito y posibilidades de perdurar, de alguna manera tenía que enfrentar esa memoria y decidir qué haría con esa herencia. Creo que es un rol, un papel fundamental que tiene la memoria. Sin eso no hay legitimidad que dure mucho tiempo en una transición democrática.

E.O: En ese mismo sentido, una pregunta que hasta el día de hoy muchos se hacen también es si la construcción de la memoria tiene que ser amplia, considerando todos los sectores de la sociedad, tanto de víctimas y victimarios. ¿Debe ser esta construcción de memoria un resultado de una política nacional?

S.S: Yo creo que sí. Ahora, hay dos polos: víctima y victimarios. Pero, como acabo de mencionar, a finales de la dictadura uno de cada seis chilenos pensaba que en su familia había habido una violación brutal. Entonces, el polo víctima era un polo bastante grande al principio. Después se achica y el tamaño del universo de ese polo sufre altibajos, porque después, con la Comisión Valech, se expande otra vez y quienes viven en una población y no se sienten incluidos en la Comisión Valech tienen memoria popular de allanamientos y brutalidades. Ellos también sienten que hay una deuda y una experiencia violenta ahí. Pero, entre esos polos, también existe una masa de personas que de alguna manera sabía lo que estaba pasando; de alguna manera tenía que decidir si iba a votar en el plebiscito y cómo iba a votar. Así, en cierto sentido, ellos también asumían el tema de la memoria, y creo que una función muy importante de la Comisión Rettig fue establecer algunos hechos clave indiscutibles como hechos, aunque pudiera generar

un debate sobre el sentido de esos hechos. Establecer hechos indiscutibles que podrían encontrar un eco en toda la sociedad, a pesar de la resistencia de los más pinochetistas. Entonces, por ejemplo, la justificación pinochetista tiene que evolucionar hacia dejar de negar que había dos mil o tres mil personas desaparecidas y asesinadas; llega un momento en que desde el lado pinochetista la gente ya no puede negar que había tres mil personas muertas y que eso era demasiado como para decir que fue un exceso de un soldado por aquí o de un carabinero por allá. Por lo tanto, lo que hacen en su batalla por la memoria es empezar a decir “bueno, eso fue un costo social moderado”, pero teniendo que admitir más o menos el hecho. Ya no pueden decir que es mentira y que se trata de “presuntos detenidos desaparecidos”; ahora se ven obligados a admitir que son detenidos desaparecidos.

Y esa fue la función de la Comisión: decir que los dos polos tienen que enfrentarse y que los que están entre medio tendrán que enfrentar hechos indiscutibles. Y ese será el nuevo sentido común de la sociedad.

Ahora, la otra respuesta de Pinochet sería que no solo era un costo social moderado, sino que de alguna manera era justificable dado el contexto anterior de crisis. Lo que tomó mucho más tiempo fue llegar a una doctrina distinta en la sociedad civil en general, y también en las Fuerzas Armadas. Se trata de la doctrina pública formal que señala que la violación de los derechos humanos no es justificable bajo ningún contexto. Llegar a esta sensibilidad tomó más tiempo y encontró más resistencia. Pero en ese sentido, la batalla por la memoria se dirige a todos, y todos tienen que involucrarse, porque decidir que el tema de la memoria no es un tema relevante también es una manera de involucrarse desde la indiferencia consciente. La batalla está ahí, no se puede evitar; entra por sus altibajos, pero sorprende a las personas que piensan que se acabó el tema, porque de repente, en un año más, surge otro escándalo, otra movilización, otra pugna en torno a la memoria que, de cierta manera pertenece a todos.

Lo anterior quiere decir que se deben forjar nuevos sentidos comunes y reconocer que no se puede tener solo una memoria colectiva, porque es un proceso de bastante conflictividad. Eso puede ser sano también, porque significa que cuando reconocemos que habrá memorias plurales, a pesar de encontrar ciertos hechos que no se pueden discutir y ciertos valores que se sacan de esos hechos que se definen como fundamentales para la democracia, eso también abre espacio en el campo de la memoria de cultura de derechos humanos de tener memorias plurales. Estas memorias pueden diferir, por ejemplo, en algunas regiones respecto a lo que fue la dictadura en el sur, porque había violencia antes del 11 de septiembre de 1973, como allanamientos, casi como si la Fuerza Aérea hubiese estado “ensayando”. O desde un punto de vista de las comunidades mapuches, en que la violencia por parte del Estado era algo anterior, no tan democrático. Entonces, el golpe es una ruptura, pero es una ruptura como un nuevo capítulo en una

historia que para ellos no había sido necesariamente tan democrática, en que el periodo de Allende había sido la excepción a la regla. Para sintetizar, se abre la posibilidad de memorias plurales dentro de una conversación que también es nacional. Así que sí, creo que es relevante para todos, aunque no todos van a admitirlo en cada momento.

III. EL ROL DE LA MEMORIA EN EL CONTEXTO SOCIOPOLÍTICO CHILENO ACTUAL

G.Z: Ligando este tema con el contexto sociopolítico chileno actual, la construcción de memoria es un proceso dinámico y que experimenta distintas fases ¿Cómo afecta a este proceso y a quienes son parte de él hechos que atentan contra la verdad que se intenta recordar y mantener viva? Por ejemplo, el cambio de concepto en las bases curriculares hasta sexto básico de “dictadura” a “régimen militar” o el homenaje a Miguel Krassnoff, entre otros.

S.S: Es interesante pensar que hay una tensión entre reconocer el valor fundamental de los derechos humanos y reconocer que vivimos en el tiempo, con la marcha de la historia. Pasamos por cambios, lo que significa que el reto democrático estratégico va cambiando en el tiempo para esos valores. Y esos hechos que tú mencionas, de tratar de reemplazar la palabra “dictadura”, que es una palabra cuyas asociaciones tienen que ver con gran concentración de poder, violencia, miedo, es una manera de sintetizar toda una experiencia social, con palabras más “benignas” como “régimen militar”, “gobierno militar”, “gobierno cívico-militar”. Son palabras de “dicta-blanda”, que dicen que “a veces civiles gobiernan, a veces militares”, lo cual es muy “suave”. Y homenajes abiertos a Krassnoff para convertirlo en un héroe son parte de esa tensión al provocar desde un nuevo contexto la necesidad de insistir, una vez más, en los derechos humanos como valor que queremos proyectar en todas las etapas históricas, en todos los contextos, diciendo que no hay justificación, independiente del contexto, para violar los derechos humanos, sino que son universales en el tiempo y en el espacio; pertenecen a todas las personas, sean personas buenas o malas, estén equivocadas o en lo correcto.

Por otro lado, vivimos en la historia y los desafíos son distintos. Pienso que hay que empezar a visualizar, desde un punto de vista democrático, cuáles son los desafíos estratégicos en el trabajo de la memoria en los distintos momentos, entendiendo que ninguna etapa cierra completamente. Un tema en este sentido es reconocer la verdad con hechos claves indiscutibles que abren paso a seguir un proceso, incluyéndolo hacia la justicia. Ese era el reto fundamental entre 1989 y 1993. Y en una segunda larga etapa,

EL DESAFÍO DE LA MEMORIA

desde 1992 a 2006, considerando que las tareas estratégicas de las etapas anteriores no cierran y en este sentido hay traslape entre distintos periodos, el punto fundamental es insistir en los hechos y sus consecuencias frente a la tentación de cerrar. Insistir en la justicia, y en asumir las verdaderas dimensiones de la violencia, incluyendo la tortura, comenzó a ser el reto estratégico, porque la tentación de cerrar y de definir el tema de manera reducida era fuerte. A partir del 2004 y aproximadamente hasta el 2011, mi análisis era que materializar y renovar el tema en el paisaje institucional y cultural, pensando lo cultural desde la dinámica generacional, iba a ser el gran reto estratégico. Entonces, el proceso de memorialización se comenzó a dar y tenía que darse de una manera más masiva en el país, pero pienso que falta mucho por hacer en la renovación generacional, aunque se nota en el movimiento en las calles una cierta renovación y resignificación de la memoria que, de todas maneras, sigue.

Ahora bien, pensando en esas tres etapas de retos democráticos estratégicos, la pregunta con la que contesto la pregunta es: ¿esos hechos significan que estamos frente a los inicios de otra etapa? Esta es una etapa de renovar la memoria desde el campo democrático de los derechos humanos, de manera que no permita una resignificación heroica de lo que era la memoria de antes, de lo que significaba la dictadura militar. Lo que produce mucha indignación, y con razón, es un tipo de homenaje a alguien sangriento como Krassnoff, como si no hubiese pasado nada. El tema es si eso es como un “saludo a la bandera” desde la derecha, ya que la verdad es que se ganó de una manera duradera la batalla por establecer en la cultura política, social y pública que no se puede justificar una violación a los derechos humanos. En ese sentido, lo de Krassnoff puede ser algo de un puñado de locos, en términos políticos, sociales y culturales o, por otra parte, podemos realmente estar frente a un nuevo reto, en que con mucha más agresividad, persistencia y capacidad de organización se está volviendo a plantear de nuevo una forma de heroísmo, en que ya no importa el tema de los derechos humanos. Personalmente, creo que es dudoso que puedan continuar con homenajes a tipos como Krassnoff. Hay un desafío de resignificación intergeneracional, que es el reto fundamental, porque creo que los jóvenes no van a estar con los Krassnoff.

Más bien, la nueva toma de conciencia tendrá que ver con cómo los derechos humanos ahora empiezan a significar temas que no están relacionados exactamente con lo que pasó en una dictadura militar, sino que tienen que ver con los derechos de los presos en la cárcel, aun cuando no sean presos políticos; con el tema mapuche; con si se puede, en el siglo XXI, definir la educación de calidad sin que genere una deuda de por vida, con si eso es un derecho fundamental. Así que creo que lo de Krassnoff, a largo plazo, quedará como un “saludo a la bandera” más que como el inicio de algo que tenga éxito, en parte, porque esos homenajes producen

tanto rechazo que generan un problema político para quienes los apoyan y quieren ser elegidos en algún cargo de elección popular. Pero estamos hablando de probabilidades, por lo que habrá que ver.

E.O: Dentro de las cosas que usted mencionaba está la de que las nuevas generaciones están creando nuevas formas de manifestarse y salir a la calle con nuevas demandas. En este sentido, ¿cómo se relaciona el proceso de construcción de memoria con el actual movimiento social y la crisis de representación en Chile?

S.S: Es interesante la pregunta. Creo que es normal y se ve en otros países, en Sudamérica también, que cuando existe un cambio generacional, asumir el tema de la memoria resignifica y expande los derechos en juego. Entonces, algo que una persona podría interpretar sobre las movilizaciones estudiantiles es que la transición que enfrentó una dimensión de legado de la dictadura, pero no otra. La idea es que sí, los derechos humanos, en el sentido clásico, tienen que ver con la destrucción violenta, física y psicológica, de las personas, donde el Estado selecciona una porción de su ciudadanía para meterla en la cárcel, torturarla, matarla, desaparecerla, y crear un misterio acerca de lo que pasó, acompañándolo con una negación o desinformación, cuestión que crea una cultura de impunidad dictatorial, donde el que tiene la fuerza puede hacer lo que le dé la gana, y eso es el miedo, realidad y sentido común de lo que se vive. Si bien la transición enfrentó eso de alguna manera –con todos los problemas de la transición y la situación de Pinochet como comandante en jefe hasta el 98, etc.–, fue mucho menos exitosa en otras dimensiones. Mucho menos exitosa, por ejemplo, en renovar una constitución de manera que lograra una democracia con más sintonía representativa a largo plazo y más multigeneracional, en vez del sentimiento de que las elecciones tienen un papel limitado en la representatividad y necesidad social.

Por otro lado, hay ciertas herencias, como el sistema educacional, que todavía no están resueltas. El tema es de la herencia plena, de las múltiples herencias, de lo que fue la dictadura, cuyo proyecto era reorganizar y reordenar toda la sociedad, porque era un proyecto de “policidio”, en el sentido de que se buscaba matar una manera de entender qué es la política y cómo definir una política pública y social en el país. Por eso el miedo era tan fundamental en la dictadura, porque era un camino para entrenar a la ciudadanía y hacerla sentir que los de arriba mandaban y no que tenían que “bailar” de alguna manera, aunque a veces conflictiva, con los de abajo. Es decir, los de arriba *eran* el gobierno. La reforma de sistema educacional era parte de ese proyecto de destruir una manera anterior de entender qué es la política, cómo organizarse para la política y tratar de reeducar a la

EL DESAFÍO DE LA MEMORIA

ciudadanía, creando un nuevo sistema de educación. De cierta manera, los jóvenes están diciendo que no están contentos con eso y eso también es memoria, porque es herencia de la dictadura. Por ejemplo, algo de eso se ve en algunas de las consignas que les acompañan en las marchas, como “tenemos que avanzar cuarenta años atrás”. No están diciendo que el mundo de hoy es el mundo de Frei o Allende de los 60 y 70, sino que hay ciertos problemas no resueltos que se enfrentaron o trataron de enfrentar, pero después se pasó por una reordenación que ha creado una larga postergación. Entonces, en su conflictividad, la educación hoy en día tiene algunas características similares a las que se habían reclamado en los 60 y principios de los 70. De todas maneras, la revolución en la educación que se hizo a fines de los 70 y principios de los 80 significó una larga postergación y creó un sistema de educación –si lo pensamos desde la perspectiva de la educación como un vehículo de cumplir con el bien público, para toda la ciudadanía– que de cierta manera no está funcionando.

Algo de eso se ve no solamente en la movilización de los jóvenes, sino que también en el arte en un sentido amplio. Pensemos, por ejemplo, en una película como “Machuca”, que ha tenido tanto éxito. Esa escena del debate en el centro de padres, cuando la mamá de Machuca se levanta y dice que “el problema para nosotros es que siempre somos los culpables”, es una forma de decir que la pobreza y la búsqueda de una dignidad socioeconómica era un tema fuerte en la época. Ella habla muy elocuentemente acerca de eso. Y de cierta manera, la película plantea la idea de que sigue como un tema no resuelto. Como un tema que todavía hay que asumir en la sociedad. Se ve la persistencia de ciertos temas –aunque el mundo ha cambiado drásticamente ya que lo que hoy pueden significar no es lo que significaban hace cuarenta años atrás–, se ve en muchas partes: en la respuesta popular de una película así o en el 2011 en las calles y movilizaciones.

G.Z: ¿Cuál podría ser el rol que juegan ciertas figuras de la historia de Chile, como la de Pinochet o Allende, en la situación de movilización y demandas sociales actuales? De acuerdo a sus investigaciones, ¿sigue existiendo esta brecha entre izquierda y derecha en la construcción de la historia para las nuevas generaciones?

S.S: Yo creo que Pinochet y Allende –y quizás este comentario será controversial, pero no importa– son mitos y símbolos, más que personas reales. No quiero decir que no existan afectos muy fuertes hacia ellos como personas desde distintos sectores, especialmente hacia Allende. Porque la consecuencia de Allende, cómo terminó, leal a sus principios, es impactante y sigue convocando mucho afecto, lo cual tiene que ver con la persona real de Allende, más que con el mito de su persona. En contraste, en el caso de

Pinochet es más complicado para la derecha, porque quedó expuesto como un ladrón y un mafioso. El mito de Pinochet antes era el mito del “salvador” de la patria, que era austero y que no quería ser un dictador, alguien que se autosacrificaba para salvar al país, pero cuando empiezan a surgir los escándalos del Banco Riggs queda expuesto más como un mafioso que como un héroe. Cuando esto sucede, ocurren dos cosas: por una parte, el mundo pinochetista se va achicando, principalmente el pinochetismo leal duro y afectivo. Al inicio de la transición democrática, en el plebiscito del 88, él cuenta con el apoyo de más de dos de cada cinco personas, es decir, el 43% de los chilenos había votado por el Sí. Entonces, además de los más ricos y poderosos que votaron por él, hay otras personas que le apoyan. Pero llegando al periodo post Riggs –en realidad otro momento en una experiencia acumulativa, el caso de Londres en el 98 y los varios procesos del juez Guzmán, además de los escándalos de dinero y corrupción– su imagen se transforma en la de un “mafioso” y los sondeos muestran que solo un 16% de la población sigue siendo leal a él. Hay una pérdida enorme. Un efecto es que el pinochetismo duro se reduce a una minoría.

Otro efecto es que se crea una separación en la derecha entre lo que es la persona de Pinochet y la obra del gobierno militar. Esto ressignifica la frase “gobierno militar”, que desde entonces quiere decir que “hemos hecho cosas buenas para Chile, pero es verdad que tenemos este problema que se llama Augusto Pinochet y hay una relación complicada con él”. Entonces, puede ser, porque la historia está llena de cambios, que llega un momento en que algunos tratan de reunificar de manera fuerte y agresiva a la persona de Pinochet con su gobierno. Sin embargo, muchos en la derecha van a seguir queriendo mantener a los derechos humanos y Pinochet por un lado y a las obras de su gobierno, por el otro. Es muy complicado para ellos unificarlo, porque hay un rechazo a la persona de Pinochet muy fuerte y una sensibilización con el tema de los derechos humanos. Existe una relación muy complicada con el mito simbólico que es Pinochet.

E.O: ¿Es posible decir que la actual situación que se vive en Chile en torno a demandas estudiantiles y sociales más amplias es parte de un continuo en la historia social de Chile?

S.S: La historia siempre es una mezcla de continuidades y cambios. Quizás una manera de entrar es definiendo dónde está la continuidad y dónde el cambio. Por un lado, se puede decir que las movilizaciones de los estudiantes en el año 2011 seguirán en el 2012, porque no es muy probable que se dé una solución rápida a sus demandas, básicamente por la crisis de representatividad, como tú dices. Significa que la crisis es un “baile” conflictivo y necesario para avanzar, tanto por parte del Estado como por

EL DESAFÍO DE LA MEMORIA

parte de los actores de la sociedad civil. Sin embargo, los actores no están preparados para hacerlo. En ese sentido, es un gobierno bien torpe. Los estudiantes eran muy fundamentales en la época de los 60 y principios de los 70, no por nada el nuevo gobierno militar quería reorganizar lo que estaba pasando en las universidades, instalando rectores militares y cambiando el sentido del sistema educacional. En la medida en que los estudiantes eran personas que reclamaban que la educación tenía que servir, por un lado, como una posibilidad de camino en sus propia vidas y, por otro, como una forma de crear una justicia social mayor para los demás, porque los estudiantes siempre pensaban en ello. De cierta manera, la dictadura intentó sofocar esa cultura estudiantil, pero esta nunca desapareció completamente y ahora está saliendo con mucha fuerza. Ser estudiante universitario y tener una visión de sociedad es parte de una larga historia, por lo que hay una continuidad.

Por otra parte, el Chile de hoy es muy distinto, lo cual también se refleja en las movilizaciones estudiantiles. Por ejemplo, si pensamos en la época de Frei Montalva y Allende, el gran ícono era el obrero, la clase obrera. En esas movilizaciones, incluyendo las de los estudiantes, se estaba pensando en el diálogo con ese ícono y su simbolismo. Hoy en día, en cambio, en una sociedad con más riqueza, pero con una distribución de ingresos distinta, siempre está la promesa de entrar a la clase media. Sin embargo, parece una promesa fraudulenta o falsa para muchos. Sería difícil imaginar hoy que el ícono fundamental de las movilizaciones fuera la clase obrera, en el sentido del siglo XX. Más bien es la promesa de que todos, o no, podamos vivir una vida que se defina como de clase media, pero no precaria, sino que digna. Entonces, si pensamos desde la clase social, yo creo que la promesa de la otra época era que podríamos tener una clase obrera que podría llegar a gobernar para tener una vida digna, mientras que hoy en día el tema es si vamos a crear o no una sociedad donde todos tengamos el derecho de que si trabajamos fuerte y nos educamos, podremos ajustarnos a la clase media. Pero estamos hablando de una sociedad donde parece que los privilegios están tan concentrados, que lo que nos queda es una gran deuda y un cierto bloqueo para poder entrar a la clase media. Es una sociedad distinta en ese sentido, aunque se ve también una continuidad, donde los estudiantes a veces están en la vanguardia de una lucha social para definir una sociedad mejor. Y creo que siempre es así, una mezcla de continuidad y cambio, lo cual se ve en las mismas movilizaciones. Chile sigue siendo Chile, pero es un país con historia y pasa por cambios.